



Este año el "chupinazo" se disparó un piso más abajo porque arriba ocho personas encerradas en huelga reclamaban la libertad de los detenidos.

una fiesta rebelde que se le había poblado de ikurriñas y no transmitió ninguna corrida, a pesar de ser la feria de Pamplona una de las más importantes de España. Tampoco este año iba a transmitir corrida alguna. "Vivan Navarra y sus fueros, muera la televisión", cantaban las peñas en las calles. La televisión que ha sido fuertemente denunciada por sus informaciones sobre los sucesos del sábado y domingo.

Un mes antes de los sanfermines, el "Diario de Navarra" publicaba un artículo en el que se lanzaban temores al viento abonado de la derecha navarrista: las peñas habían preparado un plan para boicotear los sanfermines de este año. Según la comisión, todo era mentira, nadie quería boicotear las fiestas. Simplemente, como varios de los detenidos acusados de la muerte del subteniente Esevenri eran miembros de las peñas, se encerraron un fin de semana en el Ayuntamiento para pedir su libertad: "Las peñas abajo firmantes quereamos salir al paso de algunos rumores que están en las calles y que han sido recogidos en algunos medios de difusión locales, en los que se habla de unas posibles acciones a realizar de cara a los sanfermines, en las que se da como protagonistas a las peñas (invasión de ruedo, boicot a

determinados actos, etcétera), por carecer de todo fundamento, ya que en ningún momento nos lo hemos planteado, entendiendo que con este tipo de informaciones no se hace sino confundir a la opinión pública, además de poner a las peñas en una posición que ninguno deseamos, fomentando de esa forma el confusionalismo ya existente". Y terminaban: "Esto no quita para que las peñas en un momento determinado tomemos una postura de la cual pueda salir una acción espontánea y popular como ya ha ocurrido en otras ocasiones".

Pero el ambiente estaba creado. De los cinco detenidos, tres salieron a la calle antes de comenzar las fiestas. Los dos primeros días no ocurrió nada especial; de cuando en cuando, un grito: "San Ferminetan GuztioK Kalera". Una pancarta pidiendo amnistía provocó una absurda y brutal actuación policial que ha abortado los sanfermines. Aunque la Casa de la Misericordia —empresario de la feria— anunció que el lunes continuarían las corridas, no parecía posible una reanudación de las fiestas. Los sanfermines han recibido el golpe más duro de su historia: un muerto, 150 heridos, barricadas, ojos que no volverán a ver y 150.000 asustados visitantes que abandonan histéricos la ciudad. ■

FRANCO Y EL RECUERDO DE SI MISMO

DON Joaquín Garrigues Walker publica una frase fuera de España —en el "Washington Post"— realmente importante: "Franco murió hace dos años. Nadie le recuerda. No me recuerdo yo mismo. Ha muerto realmente". Sospecho que la traducción que llega contiene una errata, y que lo que ha querido decir es "no le recuerdo yo mismo". No importa. Las erratas, como los lapsus y los errores freudianos, revelan una verdad más profunda de la que se expresa. "No me recuerdo yo mismo". Empezamos a no recordarnos a nosotros mismos, como si no se hubieran vivido los años que se han vivido. Es algo también freudiano: es una represión de la memoria, una amnesia. Jorge Semprún habla en sus "Memorias de Federico Sánchez" de la memoria selectiva: se la atribuye esencialmente a los dirigentes del Partido Comunista, a la memoria del Partido Comunista. Pero que otro partido, que otra persona, podría quedar indemne de esta esponja sobre la pizarra negra, que borra unos trazos, los que no convienen, y deja otros enteros. O grises, o semiborrados. "Si todos los que estaban en la fiesta de Palacio se quitaran la casaca, se quedarían desnudos", comenta Emilio Romero en la televisión, defendiéndose de las preguntas-acusaciones de Isabel Tenaille y Mercedes Milá. Pero probablemente ninguno de los de la nueva corte, los rientes cortesanos de 1978, piensan ya que llevan ninguna casaca. No se recuerdan a sí mismos.

Sólo se recuerdan a sí mismos los que llevan el mismo traje raído, los que siguen cavando con el mismo pico y la misma pala, con las mismas manos. No tienen necesidad de recordarse: la actualidad es un recuerdo. Podrían haber recordado su futuro hace unos años o imaginado su pasado en éstos, y verían siempre lo mismo. Y no sólo el mismo pico o la misma pala, no seamos demagogos: la misma pluma, la misma mesa de oficina, el mismo volante de automóvil.

Quizá para todos estos no sea verdad que Franco haya muerto realmente. La muerte de Franco no es un hecho biológico que corresponde a una persona: Franco es una sensación interior. A Joaquín Garrigues Walker y a otros se les ha muerto dentro; quizá se les murió cuando todavía vivía. Pero esos ya no se recuerdan a sí mismos.

Para otros vive todavía. Vive dentro de ellos, y eso les obliga a recordarse a sí mismo. Vive para muchos como una presión, como una frontera, como una muralla china —sin alusiones— que les impide desarrollarse, olvidarse de sí mismos y empezar a ser otros. Para otros vive como una esperanza, como una fuerza que todavía informa sus vidas. Franco —el estado de ánimo que llamamos Franco— ha formado parte de la psicología del español durante cuarenta años, para bien de algunos, para mal de muchos. Es un componente, es un factor pesado, denso. Muchas personas se miran al espejo y ven reflejada la imagen de Franco: no pueden, por lo tanto, olvidarse de sí mismos.

¿Hasta cuándo va a suceder esto? Hasta que los nuevos cortesanos se den cuenta de ello; hasta que se recuerden a sí mismos. Son ellos los que lo deben recordar cada día, con objeto de que los demás podamos dejar de recordarnos a nosotros mismos.

Franco es algo más que un cadáver, que unas páginas de la historia: es un estado de ánimo; es, como decía José Antonio de Falange, una manera de ser. De ser en contra, de ser a favor. No hay conjuros, no hay exorcismos que lo borren con tanta facilidad. ■

POZUELO